

JOSÉ DEL RÍO SAINZ: UN POETA OLVIDADO

Luis Alberto de Cuenca
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

José del Río Sainz (1884-1964) es hoy, desde su estatua en el Sardinero de Santander, un poeta olvidado. Las lecturas obligatorias en los colegios e institutos han convertido la Literatura española en un catálogo de nombres reducidísimo, y los editores reproducen mil veces los mismos títulos bajo mil cubiertas diferentes, atentos sólo a que su autor esté incluido en las listas elaboradas por los pedagogos de turno.

Hace tiempo que José del Río dejó de estar incluido en listas de ese tipo, o quizá no lo estuvo nunca. De él, pues, hay que decirlo casi todo, desde el año de su nacimiento (1844) hasta el de su muerte (1964). Que fue marino mercante y periodista. Que publicó algunos de los libros de poesía castellana más deslumbrantes del siglo XX y algunos de los poemas dedicados al mar y a la navegación más hermosos de las letras castellanas. Que en prosa se lució dando a las prensas unas magníficas biografías de Zumalacárregui y Nelson, además de un grueso y documentado volumen titulado *Churchill y su tiempo*. Que tuvo hijas e hijos, y que uno de éstos, José Luis del Río Setién, le dio tres nietos, dos hembras y un varón, y que este último, José del Río Mons, capitán de barco (como su abuelo) y fotógrafo, es muy amigo mío, vive en Madrid y ha heredado gran parte de la espléndida biblioteca-de poesía y de temas montañoses, sobre todo- de su abuelo.

También hay que decir que fue un paisano de José del Río Sainz, el también cántabro Gerardo Diego-inspiradísimo poeta de una generación especialmente mimada por las Musas-, quien, haciendo gala de su cualidad de finísimo lector, lo incluyó en las páginas de su celeberrima *Antología* a partir de la segunda edición (Madrid, Signo, 1934), y redactó asimismo una veintena de extraordinarias páginas sobre él, rotuladas «José del Río, poeta», que junto a una «Carta abierta» de Concha Espina, constituyen el pórtico de un florilegio de

nuestro autor aparecido en Santander en 1953 y clausurado por un brillante epílogo de José María de Cossío.

Del Río Sainz había dibujado a Gerardo con trazos imborrables en su poema «El montañés en Soria». Recordaré las dos primeras estrofas:

A la quietud de Soria, burócrata y levítica
-Delegación de Hacienda, conventos y Casino,
mentideros en donde una implacable crítica
juzga todo lo humano y todo lo divino-
ha llegado un muchacho seco y barbilampiño
y vestido de negro como un seminarista.
Este muchacho lleva en su cuerpo de niño
un cerebro proteico y un corazón de artista.

Las señoritas cursis, las Claras y las Julias,
comentan su llegada en sus grises tertulias,
esas tertulias cutres de matiz mesocrático
en que se zurcen chistes alrededor del fuego:
se sabe que es el mozo un nuevo catedrático
y hasta se dice el nombre suyo: Gerardo Diego.

Gerardo, por su parte, ha correspondido a tanta complicidad amistosa siendo, sin lugar a dudas, quien mejor ha entendido la poesía de José del Río, quien ha sabido degustarla como merece, como el manjar exquisito para exigentes paladares que fue desde un principio. Todo lo que puede decirse acerca de la obra poética de Del Río figura admirablemente recogido en las referidas veinte páginas de Diego. Lo último, pues, que se me ocurrirá en estas breves líneas es hacer crítica literaria sobre un determinado poeta post-rubeniano que se olvidó y que debe resurgir del olvido. Gerardo Diego ya explicó lo que era la poesía de José del Río Sainz en el texto que presidía el citado florilegio santanderino de 1953, y no hay cosa más aburrida que repetir ideas y conceptos ajenos, que es lo que hacen los más de los filólogos cuando llevan a cabo sus presuntas investigaciones. Lo que voy a hacer aquí, de forma muy concisa, es una lectura- en este caso, la mía- de la poesía

HPR/68

de José del Río Sainz, especialmente de la relacionada con el mar y la navegación, que constituye una parte principalísima de su obra. Lo que pretendo es levantar acta de los momentos de su lírica que han conseguido entusiasmarme. Para ello, repasaré cronológicamente su producción poética. Hablar de libros que me gustan es una de las pocas actividades que siguen divirtiéndome, a estas alturas de la vida.

En torno a 1984, con motivo del centenario del nacimiento del poeta, un poeta-arquitecto, también cántabro, se empeñó en recordar la figura y la obra de Del Río. Me refiero a Rafael Gutiérrez-Colomer. Fruto de la afición de Gutiérrez-Colomer por «Pick» (ése era el nombre de batalla de José del Río Sainz en la prensa santanderina), vieron la luz, primero, dos *plaquettes* de poemas (*Siete sonetos y Cinco poemas de amigo*) dentro de la colección, hoy inencontrable, «La Gala Chinela» (Torrelavega, 1983); luego, ya en 1984, un volumen de homenaje-plagado, por cierto, de erratas-, *Testimonio poético de José del Río Sainz*; y, ese mismo año, la edición facsimilar de *Hampa* (Santander, 1923), uno de los libros de poesía más geniales del siglo. Hasta aquí las publicaciones más recientes de «Pick», todas relacionadas con su centenario.

La rareza de los poemarios de Del Río es hoy extrema en el mercado. Con la inapreciable ayuda de su nieto y homónimo José he logrado tener en mis manos todas y cada una de las *editiones principes* poéticas del autor montañés.

La primera de ellas, *Versos del mar y de los viajes*, se publicó en Santander en 1912 (Establecimiento Tipográfico de «La Atalaya»). En ese tomo hay cuatro espléndidos sonetos iniciales, agrupados bajo el título genérico de «Ofrenda». Los tres primeros se dedican a las mujeres amadas por el poeta, al mar y a los amigos; así, por ese orden, como si lo primero fuese *la mar* y *el mar* no fuese más- ni menos- que el mejor amigo que Del Río Sainz tuvo. Veamos esos cuatro sonetos.

I

A todas las mujeres que he querido
con un amor fugaz: Mary, Esther, Cloe...

HPR/69

cuyo recuerdo pálido el olvido
todos los días, poco a poco, roe;
a todas las que, alegres y galantes,
conocimos en sus cafetines
en que suelen gastar los navegantes
con larguezas de prócer los chelines;

a todas les dedico hoy este libro
y, al evocarlas, como un arpa vibro...
Mi propia juventud es lo que evoco,

llena de luz, de encantos y de estrépito,
mientras solloza el corazón-¡el loco-!,
Al verse más formal...y más decrépito.

II

Y a ti, ¡oh, mar!, que me diste las primeras
robustas sensaciones que he gozado;
cómitre que remando en tus galeras
me hubiste de tener como forzado.

Escuela de la vida, templo y atrio
en que el vivir cosmopolita y pícaro,
al alejarme del terruño patrio,
me dio la alada decisión de un Ícaro.

A ti, a quien todo lo que soy le debo,
porque infundiste en mí un ánimo nuevo
y el vigor me inyectaste de tu yodo;

a ti también dedico estas estrofas,
en las que encierro el horizonte todo
que se abarca de pie sobre las cofas.

HPR/70

III

Y a vosotros, amigos, compañeros,
que escanciasteis conmigo el áureo vino
de los años felices y primeros
en todos los mesones del camino;

a vosotros, antiguos camaradas,
arcabuceros en el mismo tercio,
que hoy seguís sobre el mar vuestras jornadas,
tripulando los buques del comercio...

A todos os saludo. Ante vosotros,
pretendo que mis versos como potros
junto a la orilla de los mares troten,

¡y que, al sentir la orquesta de las olas,
como líricos látigos azoten
la inmensa superficie con sus colas!

IV

Mi propósito es éste: como pasa
la vida sin cesar, y ella es la única,
quiero ir tejiendo la inconsútil gasa
de los recuerdos, y formar mi túnica.

No es la ambición lo que hace que yo luche:
lo mismo que el muchacho enamorado
que conserva en el fondo de un estuche
las dulces cartas del objeto amado,

y después abre el cofre con frecuencia
y perfuma el erial de su existencia

HPR/71

con el mórbido aroma epistolar...

¡así yo quiero, cuando tiempo corra,
que estos versos inunden mi mazmorra,
trayendo el aire bienhechor del mar!

De deste primer y espléndido libro, dedicado íntegramente al mar, quiero recordarles a continuación uno de los sonetos más famosos de José del Río, el titulado «Las tres hijas del capitán», a un paso de lo *kitsch*, pero de impecable factura y gozosa memoria:

Era muy viejo el capitán, y viudo,
y tres hijas guapísimas tenía;
tres silbatos, a modo de saludo,
les mandaba el vapor cuando salía.

Desde el balcón que sobre el muelle daba
trazaban sus pañuelos mil adioses,
y el viejo capitán disimulaba
su emoción entre gritos y entre toses.

El capitán murió...Tierra extranjera
cayó sobre su carne aventurera,
festín del las voraces sabandijas...

Y yo sentí un amargo desconsuelo
al pensar que ya nunca las tres hijas
nos dirían adiós con el pañuelo...

Siguiendo dentro del territorio del soneto, ahí van estos dos, dignos del pincel de un Caspar David Friedrich o del Turner más arrebatado:

HPR/72

LAS PEÑAS DEL NAUFRAGIO

Ante las rocas grises, cenicientas,
el corazón sobrecogido late;
parecen unas tristes osamentas
tendidas en un campo de combate.

Sentimos como un fúnebre presagio
que de espanto la frente deja fría:
¡en esas peñas ocurrió el naufragio
de un buque de la misma Compañía!

Suben todos a verlas; en la borda
toda la dotación dobla los codos.
Se oye el rumor de la resaca sorda,

que en nuestras almas temeroso zumba,
mientras pensamos en silencio todos
en qué mares tendremos nuestra tumba.

NOCHE DE TORMENTA

Entreabrimos los ojos alarmados:
desde el lecho se sienten y se escuchan
unos pasos confusos y agitados,
como de hombre que corren o que luchan...

-¡Todos arriba! ¡Estamos sin gobierno!-
¿Quién al oír tal grito no despierta
en una noche cruda del invierno
en que barren las olas la cubierta?

Entre el ciclón se escucha la angustiada
voz del piloto que a la gente acosa
para doblar la fe con que trabaja...

HPR/73

Nos vestimos a oscuras y salimos,
¡y pensamos si acaso es la mortaja
la ropa que temblando nos vestimos!

A Versos del mar y de los viajes pertenecen también estos otros dos sonetos, que confirman el talento y la habilidad de Del Río en el manejo de estrofa tan complicada y laboriosa:

EL PERRO DE A BORDO

Un maretazo rápido y aleve
lo llevó de cubierta a nuestra vista;
fue su agonía dolorosa y breve
y aún el trágico lance nos contrista.

Era el más viejo del bajel. Cogióle
el capitán en una playa hambriento,
y, como a un nuevo tripulante, dióle
sitio en el rancho y pródigo sustento.

Era el guardián del buque; sus melenas
agitaba magnífico en sus rondas.
¡Con qué furor ladraba a las ballenas!

Todos vimos su muerte doloridos,
¡y aún nos parece oír bajo las ondas
el fúnebre clamor de sus ladridos!

LUZ POR LA AMURA

Entre el ronco gemido de las olas,
única estrofa de la noche oscura,
se oye clara la voz de los serviolas,
que anuncian una luz por una amura.

Es un vapor; su luz no se confunde,

HPR/74

y en las nubes que velan su reflejo
tiembla sobre las olas y se hunde
cual si huyera de nuestros catalejos.

La soledad monótona del viaje,
al surgir esa luz, al fin se quiebra;
el corazón le rinde un homenaje.

¿De qué nación será? No importa nada,
y bebemos un vaso de ginebra
a la salud del nuevo camarada.

Quiero cerrar mi recorrido por el primer libro de
José del Río con dos últimos sonetos. El primero, «La ola»,
es una alegoría de la vida. Dice así:

La ola, con titánicos alientos,
bate el vapor; su mole ingente y ruda,
al chocar, se deshace en mil fragmentos
y vuelve a ser después agua menuda.

Así quisiera ser. Su poder ciego
tener en un instante reunido
para lograr un ideal y, luego,
deshacerme en las rocas del olvido.

Vivir la vida en una hora sola...,
mas vivirla lo mismo que la ola,
con su ímpetu brutal y con su fuerza.

¡Y no el largo vivir de débil caña,
que teme siempre que el turbión la tuerza
o que la ahogue el cieno que la baña!

El segundo es bellísimo y se explica por sí solo:

HPR/75

REGRESO

Otra vez, Santander, aquí me tienes,
descansando en la paz de tu bahía;
¡dame, para ponérmela en las sienes,
la corona de tu melancolía!

El ancla he echado en ti breves momentos,
después de recorrer medio planeta;
¿adónde los caprichos de los vientos
llevarán de mi vida la veleta?

Vengo a sentarme, lleno de fatiga,
bajo la sombra de la puerta amiga
que cobijó a los míos, veneranda...

Quizá el camino tomaré de nuevo
cuando vuelva a gritar «¡Álzate y anda!»
El ansia aventurera que en mí llevo...

En Valladolid, y en 1922, apareció el segundo libro de versos del poeta, *La belleza y el dolor de la guerra*, en el que se incluyen las piezas bélicas más conocidas del poeta, precursor en el género de alguno de nuestros poetas actuales, como Julio Martínez Mesana o Javier Martín Lalanda. Allí hay títulos célebres en su época: «El Kaiser pasa», «¡Gloria!», «La guardia prusiana», «Soldados de Inglaterra», etc., composiciones en las que Del Río prefiere no tomar partido y evocar desde una perspectiva neutral los horrores y honores de la guerra.

De 1923 es *Hampa*, rarísimo volumen que llevaba el subtítulo de *Estampas de la mala vida* y unas soberbias xilografías de Pancho Cossío. Como dije antes, hoy es accesible gracias al facsímil auspiciado por Rafael Gutiérrez-Colomer, que utilizó el ejemplar conservado en la biblioteca santanderina de Leopoldo Rodríguez Alcalde, entrañable amigo de «Pick» y coleccionista contumaz. No sé cuáles equívocos burgueses impidieron la presencia de *Hampa* en el

HPR/76

florilegio de 1953, el que incluía el modélico póstico de Gerardo. Hay algunos fragmentos que no se olvidan, como los versos finales del poema «La vendedora de sus hijas»:

Las fueron poseyendo los marinos borrachos,
los grumetes imberbes y los barbudos machos
en todas las literas y en todas las yacijas...
Y la vieja cobró por ellas su dinero,
¡porque las dos muchachas eran sus propias hijas,
según contó entre risas, luego, un carabinero!

O este apunte visual, digno de una novela de Chandler o de Hammett:

En un ángulo apartado del salón-*concert*, un hombre, que no
logra con su *smoking* disfrazar al policía,
a un tipo que lo acompaña le dice en voz baja un nombre
y señala a una que danza con una mirada fría.

O esta escena felliniana, con toques, claro, de Valle-Inclán:

Esta reina caída, esta vieja cocota,
que duerme sobre el mármol igual que una marmota,
una noche al cerrarse no se despertará...
Y cuando el camarero la empuje con su bota,
como un muñeco fofo de lana sucia y rota
caerá bajo el sofá.

Un año después, en 1924, veían su primera luz unos *Versos del mar y otros poemas*, en los que Del Río corregía y aumentaba la colección de 1912. Con este libro obtendría su autor el prestigioso premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua. El tomo se reeditaría, nuevamente aumentado y con el mismo título, en 1925, merced a los oficios de la Diputación Provincias de Santander. A él pertenecen estos dos magníficos sonetos:

HPR/77

LA PRIMERA GUARDIA

¡Primera guardia! Ya la luna brilla
sobre la inmensa superficie verde,
y la nativa, idolatrada orilla,
como una nube en el confin se pierde.

¡Con qué emoción, temblando, la despido
al ver en el cristal del catalejo
su borroso perfil desvanecido
de la luna al nostálgico reflejo!

Luego, cuando la guardia se termine
y con ávidos ojos examine
del horizonte la imprecisa raya,

en un adiós de cosas españolas,
todo-montes, cantiles, faro y playa-
estará sepultado por las olas.

LA ALEGRÍA ESPAÑOLA

Cobramos nuestra paga, y en el fondo
de las almas el mágico sonido
del oro inglés hizo nacer un hondo
deseo de champán, de amor, de ruido.

¡A tierra, pues! Salimos bullangueros,
y en medio del clamor y la algazara
recordaban quizá nuestros sombreros
chambergos de los Tercios de Pescara.

Alegremente lo gastamos todo,
y un marinero, ya casi beodo,
dio a una *miss*, que encontró cerca del buque,

el último chelín, galante ofrenda...
Y esa noche la *miss* soñó en un duque
español y en un gesto de leyenda.

HPR/78

En 1926, publicó José del Río *La amazona de Estella*, un poema dramático en tres jornadas de temática carlista, acompañado de unos llamados *Versos de circunstancias*, algunos de ellos tan hermosos como «Para ti» o «Sombra de mujer». Fue la última incursión de Del Río Sainz en la poesía en forma de libro. Luego, seguiría escribiendo y publicando poemas en periódicos y revistas, pero no los reuniría ya en volumen. A partir de los años treinta se dedicó más bien al cultivo de la prosa: artículos periodísticos, las mencionadas biografías, incluso el capítulo consagrado a la «Literatura inglesa» de la *Historia de la literatura universal* dirigida por su amigo Ciriaco Pérez Bustamante (Madrid, 1946).

Me gustaría terminar con un soneto, otro más, titulado «S.O.S.», escrito el 21 de junio de 1942 y perteneciente a los póstumos *Siete sonetos* de «La Gala Chinela» (Torrelavega, 1983):

Antes de que la muerte helada bese
mi frente que el cansancio hunde en la almohada
-un cansancio mortal de no hacer nada-,
lanzo a la noche hostil mi S.O.S.

No es que pida favor ni me confiese;
a nadie se dirige mi llamada:
es como una botella que lacrada
sobre las aguas de un naufragio fuese.

Sólo un alma gemela, no sé dónde,
quizá logre entender lo que se esconde
en las tres letras-clave y anagrama-.

¡Alma que no conozco y que adivino,
que no he encontrado nunca en mi camino,
que no sabe de mí, mas que me llama...!

HPR/79

Cincuenta y cinco años después de que José del Río Sainz lanzara su S.O.S. en forma de soneto, su voz sigue sonando tan lozana como cuando gobernaba su barco, y él era joven y los mares y océanos del mundo se extendían como alfombras sumisas ante sus ojos. Gerardo Diego saludó en él al orfebre del verso, subrayando también sus ripios. Quizá sean esos descuidos los que hacen más sabrosa hoy la lectura de su obra, máxime para aquellos que, como yo, apreciamos en el arte, sobre todas las cosas, la rara mezcla de lo negligente y lo perfecto.